

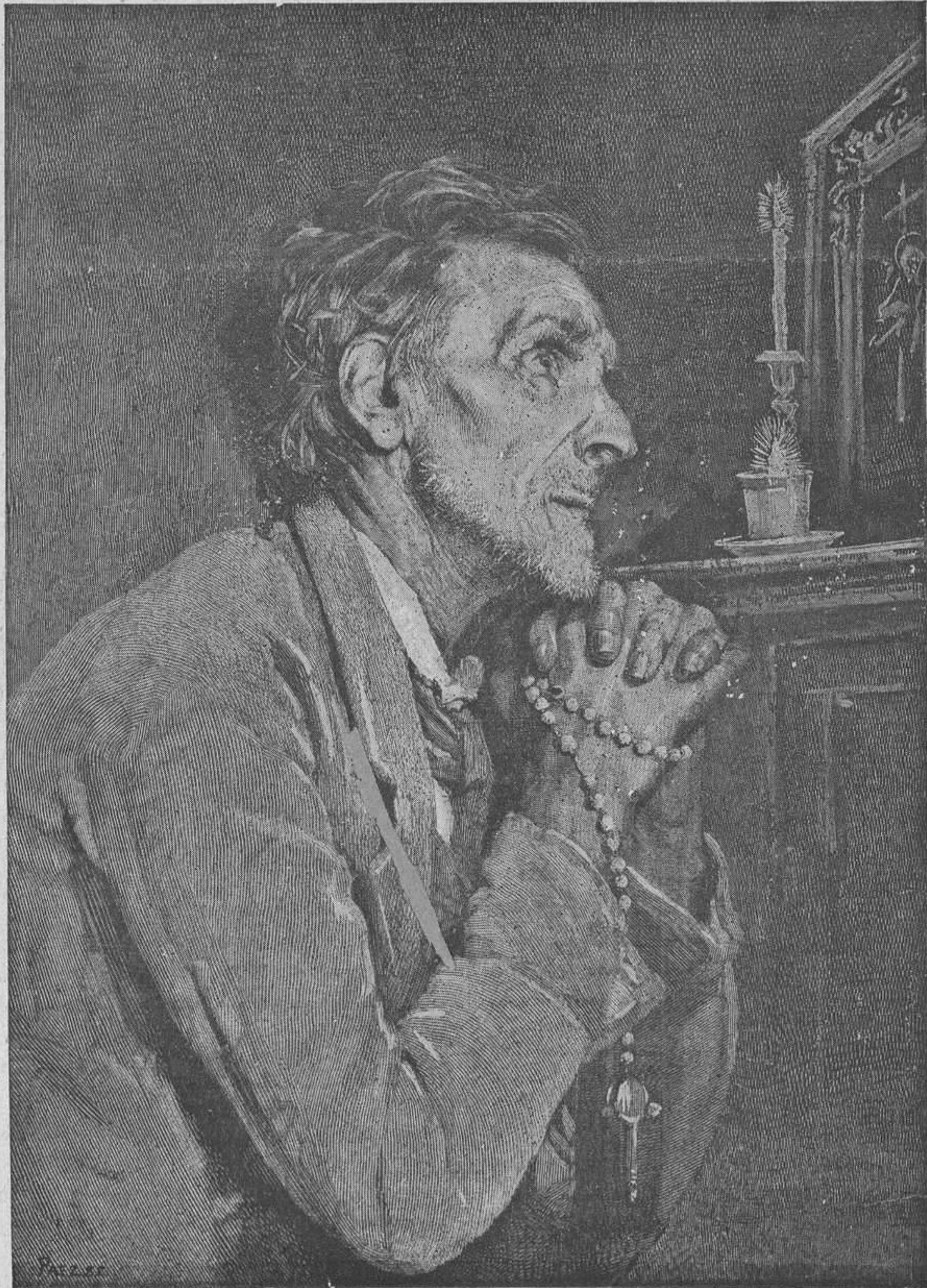
El Cocinero

Semanario Festivo Ilustrado

BONAFINO
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1949

Director: Roberto Bueno.

NOTA ARTÍSTICA



EN ORACIÓN

LA CAMPANA DE LA ALDEA

I

ABSORTO, triste, con la cabeza baja y mis pensamientos vagando Dios sabe dónde, avanzaba con paso mesurado por aquella estrecha vereda, que tantas veces hube corrido en mi niñez. Marchaba á la ventura, sin rumbo fijo, como un autómeta, que anda sin que de ello pueda darse idea, á impulso de sencillo mecanismo que se oculta en su interior; marchaba por aquel camino tropezando en los más insignificantes obstáculos, en aquellos obstáculos que me eran familiares en los primeros años de mi vida, y que lejos de impedir mi marcha me habían servido para que mis pies se apoyaran en ellos, dando más velocidad á mi vertiginosa carrera. ¡Qué dichosos momentos aquellos en que, rendido por la fatiga, descansaba de mi rápida caminata al pie de algún sauce que me resguardaba de los ardientes rayos del sol canicular, mientras devoraba con indecible satisfacción infinidad de golosinas que, ocultas en mis bolsillos, guardaba como preciados tesoros y apetecidos manjares! En aquella época de feliz memoria, aquellos árboles me hablaban; sí, me hablaban con su lenguaje murmurador, de dulce arrullo, y bajo cuya impresión quedaba extático, con la sonrisa dibujada en mis labios y una satisfacción inmensa, indescriptible, arrobadora, que invadía todo mi sér; me hablaban, á no dudar, pues muchas veces al volver á mi casa hubieron de conocerme en el semblante la impresión de alegría ó de tristeza que me embargaba. ¡Cuántas veces al trepar á la copa de un pino en busca de su codiciado fruto sentí los efectos del miedo, y el terror me impedía alargar la mano para coger el objeto de mis deseos: la verde piña que se mantenía adherida al vástago en que nació! Sentí miedo, repito, porque al inclinarse el árbol á impulsos del viento y al oír el silbido del aire que pasaba al través de sus ramas, me parecía que aquellas sacudidas eran para libertarse de mí, de aquel que pugnaba por quitarle lo que era suyo, lo que le pertenecía, lo que había criado á expensas de sí mismo, de su propia savia; y entonces descendía, emprendía de nuevo veloz carrera, arrepentido en lo más íntimo de mi corazón del acto que acababa de realizar, hasta que una carcajada continua, estridente, monótona, me detenía en mi marcha, y mirando en derredor, daba por fin con la cascada, que en sus continuos saltos de agua se reía, de modo que me crispaba los nervios, de mi loco proceder, y entonces, fuera de mí, ébrio de coraje, me revolvía con furia, y con toda la fuerza de mi brazo lanzaba gruesas piedras que herían la superficie del agua y se hundían produciendo un sonido seco, lúgubre, que me llenaba de gozo, en tanto que contemplaba el sinnúmero de círculos concéntricos que se ensanchaban más y más, perdiéndose con la velocidad de la corriente.

¡Era mío el triunfo! Un grito brotaba de mi pecho, que el eco repetía como asociándose á mi victoria. Luego, saltando de piedra en piedra, ganaba la orilla opuesta del riachuelo que serpenteaba deslizándose sobre un lecho de arena finísima, y al fin me encontraba en la cúspide de pequeño montecillo que se levantaba en medio de la pradera. Tendía la mirada en torno de él, y á mi vista se ofrecía con su variedad de colores todo un panorama de exuberante vegetación. Allí, á mi derecha, el bosque de corpulentas encinas se destacaba con su verde oscuro sobre las espigas doradas, que se inclinaban al peso de sus infinitos granos, que esperaban silenciosos el momento de la recolección. A la izquierda, y á incalculable distancia, se elevaba majestuosa la cordillera, compacta confusión de montes, picos y barrancos cubiertos de nieve, que la fuerza calórica del sol en vano procuraba derretir. Y en el centro se extendía una alfombra de verdura, rasgada de trecho en trecho por hilos brillantes de agua cristalina, que conservaban su frescura y verdor.

II

Continué mi camino interrogando con la mirada cuanto encontraba al paso, ya deteniéndome para recordar mis tiempos

de niño, ya para proporcionar á mi cuerpo el descanso necesario; y entonces, aquellos murmullos, aquellos ruidos casi apagados que llegaban á mí confundidos, formando monótono rumrum, me daban pena, hastío, no me decían nada y eran los mismos! Llegaba á la cascada, que seguía como en aquellos momentos en que años atrás me detenía ante ella, y... ya no reía; al contrario, aquel ruido continuo era insoportable. El sol no alumbraba como antes; las espigas, aunque doradas también, no tenían el brillo de las otras.

Quise pasar el arroyo, que serpenteaba sobre su lecho de arena, y me faltaron las fuerzas; retrocedí espantado, y presa de terror indecible corrí hacia el pueblo como un loco; aquella soledad me daba miedo.

Entré en la aldea, y al oír la campana de la iglesia que tocaba á la oración, hincé las rodillas en tierra, y reuniendo las pocas fuerzas que me quedaban elevé mi pensamiento al Señor y recé con toda la fe de mi corazón las plegarias que me enseñó mi madre cuando niño. Mi pecho se ensanchó de felicidad. ¡Aquellas eran las mismas! ¡Cuánto me decían! ¡Me hablaban al alma! Y aquella campana también, con sus metálicos ecos, me decían mucho, mucho que no puedo explicar, que no sé escribir. Entonces pensé que no se había operado transformación alguna, que era todo lo mismo, y mis pensamientos volaron muy lejos, traspasaron aquellos horizontes, aquellas montañas sembradas de picos inaccesibles, y subiendo mucho, mucho, fueron á postrarse ante el Altísimo y á rogar por mí, que rezaba con toda la fe de mi alma, mientras la campana, lanzando al aire sus dulces ecos, invitaba á la oración.

Arturo Humanes.

CANTARES

Permita Dios que al morir
no tengas tú quien te rece,
ni quien te cierre los ojos
y llorando te los bese.

Porque soy pobre me dejas
sabiendo lo que te quiero...
Dinero que lo das todo,
¿das cariño verdadero?

Vivir juntos, vivir juntos,
y en la vida separarnos,
para que al llegar la muerte
nos sorprenda en un abrazo

¡Se muere, se muere!
¡madrecita mía!
¡El médico fuera, que serán mis besos
mejor medicinal!

No digas serrana
que yo no te quiero...
después de las pruebas de amor que te he dado
salirme con eso!

Mira si es mi madre buena,
cuando se enfada lo noto;
mientras me está regañando
me da el perdón con los ojos.

Golondrina, golondrina,
que alegre vuelves al nido,
mira qué sólo y qué triste
me dejó la muerte el mío.

Por tí he dejado á mi madre,
mira si es ingratitud,
cuando tan sólo un cabello
suyo, vale más que tú.

José Doz de la Rosa.

LA FORTUNA LOCA

Era Juan Sebastián Raspa y Quiñones
un mocetón fornido,
de groseras facciones
y por el aire y por el sol curtido;
de acento tan reñido
con la ley general de la armonía,
que al escuchar su voz no se sabía
si aquello era una voz ó era un ladrido;
de pelo hecho vedijas en la frente,
do el peine nunca entró, seguramente;
de fuerza hercúlea y de cerebro enjuto
y agreste y montaraz como una cabra,
era, lector, lo que se llama un bruto
en toda la extensión de la palabra.

Vivía allá en su aldea, sin más leyes
que su idiotez, ni más cavilaciones
que destripar terrones
y en sociedad con mulas y con bueyes.

Mas he, aquí, de improviso
que se cambió de su existencia el norte,
porque vino á la corte
para un caso preciso.

Vino, pues, á Madrid como emisario
á ver á una señora encofetada
de quien era su padre arrendatario
y ¡de prodigio sin par! la dama aquella
interesante y bella,
muy rica y linajuda,
apenas el patán abrió la boca
dando expansión á su palabra ruda,
enamoróse de él como una loca.

¿Por qué se enamoro? Vano sería
sobre esta incomprensible anomalía

andar aventurando pareceres,
ni quién meterse á escudriñar podría
los caprichos sin fin de las mujeres.
Ello fué que la hermosa cortesana,
dechada de virtud y perfecciones,
se vino de la noche á la mañana
á enamorar de Juan Raspa y Quiñones.
Se lavó aquella cara prontamente
con el más amantísimo deseo,
atusó su cabello diligente
y, mirándole luego frente á frente,
orgullosa exclamó: ¡pues no es tan feo!

Él se dejó querer, aunque era un bobo;
porque en la inmensa redondez del globo
no hay ninguno tan necio y tan pazguato,
por mucho que lo sea
que si se pone á meditar no vea
en dónde le hace llagas el zapato.
Digo, pues, en el hilo de mi cuento
que llegó á realizarse el casamiento;
mas he aquí que de pronto,
después de realizado el himeneo,
mientras ella exclamaba ¡no es tan feo!,
el mundo dió en decir... ¡pues no es tan tonto!

Y no hubo más que hablar; el pobre chico,
aunque nunca jamás despegó el labio,
lo mismo que pasó de pobre á rico
vino á subir después de tonto á sabio.

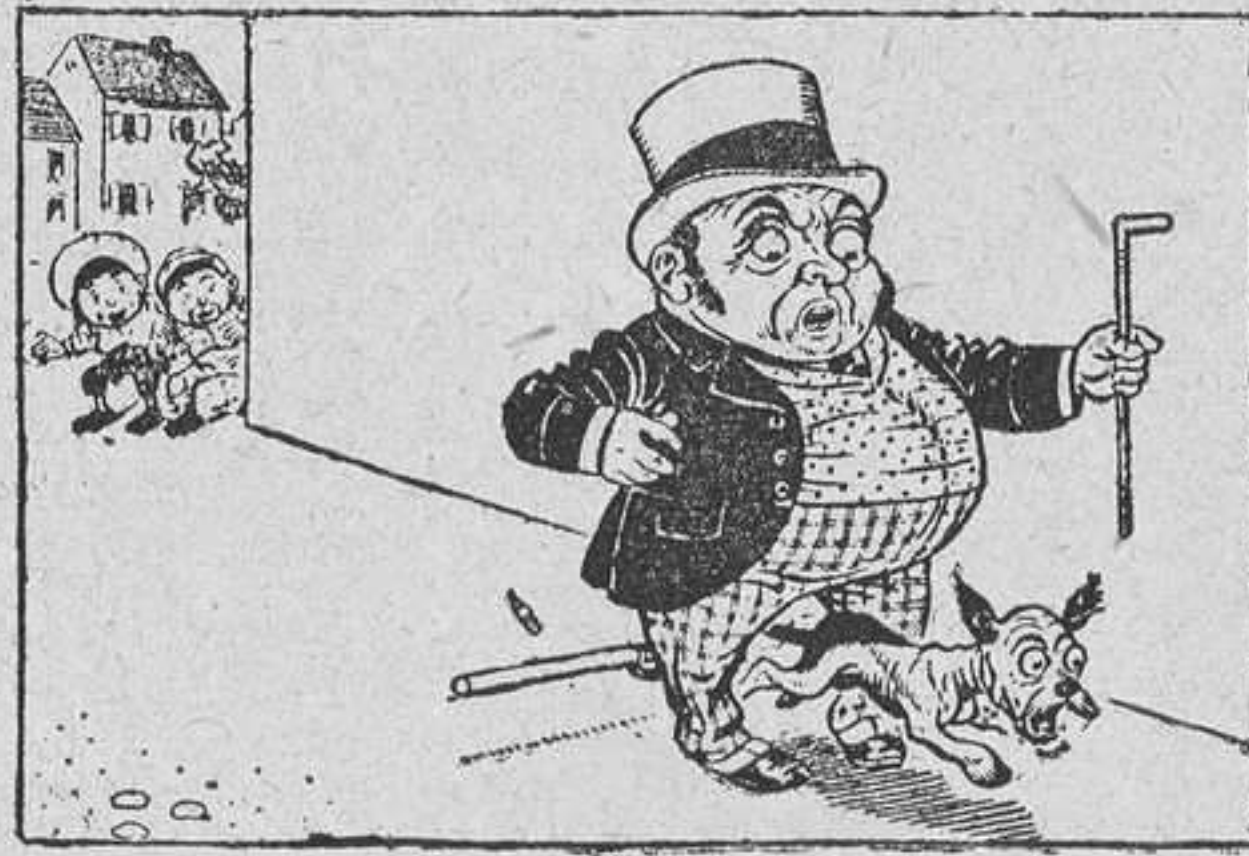
Empeñarse en seguir á la fortuna
¡tan vaga, tan incierta, tan mudable,
es un profundo error, sin duda alguna,
cuando quiere venir viene ella sola,
y por eso en la vida miserable
es lo mejor tenderse á la bartola,
y mientras viene ó no ¡ruede la bola!

Luis Pérez Barzana.

BROMAS INFANTILES



1



2



3



4

HISTORIETA MUDA



LA PRIMERA TIPLE SRTA. MARÍA ORTIZ

Si tiene *ángel* y gracia y buenas *hechuras*, no hay que decirlo, teniendo como tienen Vds. á la vista su retrato, en traje de *cocinero*.

Y si es una tiple capaz de salvar á cualquier empresa y de arrancar aplausos á los espectadores más exigentes y descontentadizos, lo dice bien claro su campaña de seis meses en el lindo teatro *Cómico*, de cuyo público es, con harta razón, la niña mimada.

María Ortiz posee una bonita y bien timbrada voz, gran flexibilidad artística, mucha intuición en la escena, amor al arte, cariño al trabajo y apego al estudio, resultando como consecuencia obligada de tales cualidades, que borda materialmente cuantos papeles se confían á su interpretación.

Esta es, dicha en dos palabras, la bellísima tiple del Teatro *Cómico*, María Ortiz.

CAMELO

SONETO

Cierta noche que el cielo repartía sobre Cádiz feliz, lluvia copiosa, á una niña encontré rubia y hermosa que empapada en el agua se ponía.

Un momento despues yo la cubría con mi ancho paraguas, y la diosa exclamaba á su vez, soy muy dichosa, (figúrense qué tal yo me pondría).

Un coche se me vino al pensamiento, pero ví que era tarde para coche; llega en esto la niña á su aposento,

y haciendo de finezas mil derroches á un portazo que undía el firmamento siguieron estas frases: ¡Buenas noches!

Cádiz: 28-2-99.

MANUEL C. INFANTE.

¡OH, LA HIGIENE!

APUES TO cualquier cosa á que no hay personas más insufribles que las que tienen la manía de sacrificar todo ante la higiene. ¡Es horrible! Les aseguro á ustedes que huyo de ellas como del demonio.

Por mi desgracia he vivido cerca de un año con un matrimonio que se pasaba la vida tocándose las sienes respectivas para ver si tenían calentura, ó bañándose los pies en espíritu de vino para adquirir fortaleza.

El marido todavía podía pasar, pero ella, á ella había que verla.

—Policarpo, arriba, que son las cinco de la mañana y ya sabes que á esa hora hay que estar levantado. Anda, arriba.

—Faustinita mia, déjame un poquito más, que tengo muy fría la nariz y quiero calentármela entre las sábanas.

—Qué nariz ni qué ocho cuartos. Parece mentira que habiendo estudiado la higiene, como yo te he hecho estudiarla, no comprendas los inmensos beneficios que reporta á la salud el madrugar. ¿Hay en el mundo cosa más deliciosa ni más sana?

—Bueno, mujer, calla, calla, ya me levanto.

Y el bueno de Policarpo empieza á vestirse y de cuando en cuando se frota la nariz contra la pared hasta que se la pone como un pimiento morrón.

Todas las mañanas dan su paseito, despues vienen á almorzar y hay que oír las discusiones que en la mesa se suscitan.

—¡Esto tiene más sal de la necesaria!

—Esta carne está demasiado frita. Lo sano es, que se vea la sangre.

—Hoy has tomado más vino del que marca la higiene.

—Cuidado con las espinas de la merluza.

El café lo toman medido, ó no lo toman, porque, según ellos, el abuso trae consigo un padecimiento horrible de los nervios.

Este buen hombre leyó el otro día una obra de medicina en la que se especificaban, con gran lujo de detalles, todos los síntomas que deben experimentarse para cada enfermedad, y era de ver, como su rostro palidecía cada vez que pasaba de un capítulo á otro. De resultas de esta lectura vino á saber D. Policarpo, que, á juzgar por lo que él había echado de ver en su cuerpo, tenía garrotillo, tos ferina, sarampión, viruelas, gástricas, y en fin, ciento sesenta y cinco enfermedades de las ciento sesenta y seis que describía el libro, y según tengo entendido, no se quejaba de la que faltaba, porque se refería á la hinchazón que en las rodillas tienen las criadas despues de haber fregado muchos suelos.

Desde entonces sí que anda el hombre medio loco.

Al día siguiente fué á casa de su médico y medio llorando exclamó:

—¡Ay, doctor, me muero, me muero sin remedio!

—Pero, por Dios, D. Policarpo, si antes de ayer estaba usted tan bueno. ¿Qué le pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Me muero, doctor, me muero!

—Explíquese usted.

Don Policarpo le relató lo sucedido y el doctor no pudo menos de echarse á reír en sus barbas. Luego escribió en un papelito que le dió á D. Policarpo, diciéndole:

—Ahí va anotado el remedio de su enfermedad. Vaya usted á la tienda por ello.

—¡Gracias, mil gracias! Y salió corriendo en busca de una botica.

Cuando entregó el papel, se echaron á reír los dependientes y luego le dijeron:

—¿Usted ha leído esto?

—Yo, no.

—Pues oiga: «La gravísima enfermedad de este señor sólo se curará siguiendo este método: Dos kilos de carne en cada comida; cincuenta kilómetros, diarios, de paseo; sueño largo y profundo, y sobre todo, *absteniéndose en absoluto de las lecturas que no le importan.*»

Madrid: Marzo, 1899.

LUIS GARRIDO Y PRIETO.



EN EL ESTUDIO DEL PINTOR.—(Cuadro de Amell.)



DE AVANZADA—(Por Estevan.)

¡QUÉ CASO MÁS RARO!

Lector, en un dos por tres haré que enterado estés de una rareza observada en cierta familia honrada de las Navas del Marqués.

Familia cuyos varones, aunque con fortuna cuentan, por misteriosas razones es fama que se alimentan sólo de melocotones

Por más que es fruta excelente, les nutre bastante mal; pero lo extraño realmente es el modo diferente de comerla cada cual.

Pablo Carnero y León demuestra que tiene seso, pues pela el melocotón y se lo come en sazón tirando cáscara y hueso.

En cambio, el buen Segismundo,

que es el Carnero segundo, lo deshuesa nada más; pero ¿mondarlo?... ¡jamás! aunque lo critique el mundo.

Pepe Carnero, el tercero, dice que es obra pesada partirlo, y el majadero, sin quitar hueso ni nada, se lo come todo entero.

Más raro es lo que hace Abdón (que es el Carnero siguiente), pues deja el melocotón y come, sin aprensión, la cáscara solamente

Y el último, que es Canuto, sufre, por ser un camueso, diez *atranco*s al minuto, porque éste desprecia el fruto y sólo se come el hueso.

Y así, los cinco varones, gozan, sin aspiraciones, una vida placentera, comiendo melocotones cada cual á su manera.

No olvides ni un solo instante caso tan interesante.

¡Qué de problemas entraña!
¡Qué dato más importante para la historia de España!

No creo que en duda estés; mas si esto sospechas que es algún tejido de embustes, puedes irte cuando gustes á las Navas del Marqués, y en un momento sabrás (según los informes más exactos y verdaderos)... que allí no hay tales Carneros ni los ha habido jamás.

Juan Pérez Zúñiga.

M I L I R A

(Canción.)

Deja que escuche mi lira,
que suspira,
su dulce canto entonar.

Deja, mi bien adorado,
que en dura piedra sentado
junto á la orilla del mar,
escuche mi pobre lira,
que suspira,
su dulce canto entonar.

Deja que el sol del poniente
caiga de plano en mi frente,
herida por el pesar,
y escuche mi pobre lira,
que suspira,
su triste canto entonar.

Deja, niña candorosa,
ponga en tu pecho una rosa,
cual fruto de mi dolor,
mientras que mi pobre lira,
que suspira,
entona cantos de amor.

Deja que pida á tus labios
un beso, que los agravios
haga olvidar al cantor,
que al son de su triste lira,
que suspira,
entona cantos de amor.

Deja que al pie de tu reja
entone mi triste queja
al verte, hermosa, salir,
y escucha mi pobre lira,
que suspira,
al ver mi pecho sufrir.

Deja, pues, que vaya en pos
de la dicha, que á los dos
nos promete Amor, gozar,
y escucha mi pobre lira,
que suspira,
su dulce canto entonar.

Deja, por fin, que te pida
los pedazos que, atrevida,
quitaste á mi corazón,
y rompa mi pobre lira,
que suspira,
si no escuchas su canción.

Ramón Tridaura Nesmahu.

LA MUSICA COMO TRATAMIENTO CLINICO

LA cosa no es nueva. En todos tiempos sirvió la música para curar las afecciones que tenían por causa el dolor y la tristeza, ó las aberraciones del espíritu.

Citan algunos historiadores á este propósito el caso del rey Saul, cuya locura fué vencida por el arpa de David, y la curación de Fernando VI, rey de España, merced á los cantos de Farinelli.

Pero hoy los médicos investigan las tonalidades que más convienen á ciertas enfermedades. Hay neurosis que ceden ante el tono menor, mientras que otras no se domeñan sino con el mayor.

Con el progreso de la música se ha podido afinar la terapéutica. La tonalidad moderna, que tan prodigiosamente ha desarrollado el elemento apasionado en las composiciones musicales, tenía por fuerza que ejercer sobre el sistema nervioso más influencia que ejerciera la tonalidad antigua.

Eso es precisamente lo que han demostrado hace poco unos muy interesantes experimentos, hechos por el doctor Bezi-chiusky, que ha empleado algunos vales de Chopín en sus tratamientos de miedo nocturno. Una muchacha á quien el doctor asistía, se despertaba dos ó tres veces cada noche, presa de

violentos accesos de miedo. Se propinó á la enferma, por estar indicado, el bromuro de potasio; pero no produjo resultado. Una imaginación enfermiza, turbada desde la niñez por cuentos horripilantes de brujas y de fantasmas, desafiaba las medicinas calmantes y predisponía el cerebro de la joven á sufrir trastornos mortales.

Por último, el médico, apelando á la música como postrer recurso, aconsejó á la mamá tocar en el piano, antes de acostar á su hija, algo que tuviera brío y animación.

La mejoría no se hizo esperar, y se notaba más cuando los trozos ejecutados en el piano estaban en tono menor. Si alguna vez la mamá tocaba en tono mayor, la enferma, que empezaba á dormirse, despertaba sobresaltada, y como el sediento que pide agua, pedía su música favorita, que no era otra que los vales de Chopín.

La música es, pues, una panacea universal, y si domestica á las fieras y encanta á los reptiles, los animales más mansos la escuchan ensimismados.

Por algo así dice la fábula:

*Salicio usaba tañer
la zampoña todo el año,
y por oirla el rebaño
se olvidaba de pacer.*

Además, la música brava y alegre, con notas patrióticas, hace ondular mejor la bandera del soldado, le anima para la pelea y le obliga á marchar con aire jovial y marcial continente.

ZOOLOGÍA COMPARADA

(Al ver ciertos tipos digo muchas veces:
*mamíferos, aves,
reptiles y peces.*)

Señorito de salón,
que con la moda se hermana,
escaso de americana
y corto de pantalón;
que lleva siempre el bastón
en dos dedos suspendido;
que al dar la mano, al descuido,
la sacude junto al pecho,
y á saltitos, muy derecho,
anda, porque es de buen tono...

¡Monol!

El aprovechado autor
que da por original
lo que traduce muy mal
y lo que arregla peor;
incansable bullidor
de cafés y de escenarios,
pesadilla de empresarios,
que hace suya cualquier obra,
y muy orondo la cobra;
secuestrador sin trabuco...

¡Cuco!

Político de ocasión,
gala de los habladores,
que ha mudado más colores
que muda el camaleón.
Pancista de profesión,
que salta por cualquier brecha,
de la izquierda á la derecha
y de la derecha al centro,
y que en hallándose dentro

sólo en su provecho lucha...

¡¡Trucha!!

Marido, primer galán
de esos realistas dramas
en donde todas las damas
al infeliz se la dan;
borrego que gana el pan
con el sudor de su frente,
y con su primo Vicente
deja á su esposa ir á baños,
siendo entre propios y extraños
el mas desdichado esposo...

¡Osol!

Trovador de auras y flores,
que poetiza unas botas
y vive robando notas
á los pobres ruiñeños;
que canta en verso á Dolores;
que llama linda á Ruperta,
aunque es jorobada y tuerta,
y vuela, entreabierto el pico,
del album al abanico,
trinando alegre y parlero...

¡Jilguero!

Editor de Barrabás,
que, práctico en arrastrarse,
si logra al genio enroscarse,
ya no lo suelta jamás:
sombra que corre detrás
de la inspiración que crea,
que compra *al peso* una idea,
y da, insultando á la fama,
una rosca por un drama
que ha de admirar á la gente...

¡¡Serpiente!!

Público que se interesa
por comedias trasnochadas,
viejas viandas guisadas
en la cocina francesa:

público que sin sorpresa
en el mal gusto se vicia,
y que aplaude sin justicia
ó reprueba sin razón,
porque al ir á la función
pierde el sentido común...

¡¡Atún!!

José Jackson Veyán.

FRUSLERIAS

Yo leía en un libro, ella observaba
mi agitación creciente y se reía
al ver que no encontraba
en la difícil ciencia que estudiaba
el inmenso placer que apetecía.
—No estudies más—me dijo suplicante.—
Aunque alcances la gloria que deseas,
la gloria no es bastante
para servir de premio á tus tareas.
No es tu afán por saber lo que sujeto
te tiene ante ese libro que aprendiste,
ni encierra para tí ningún objeto
demostrar la verdad que descubriste.

Sé muy bien que el estudio á que te en-

[tregas

te importa poco ó nada. Lo que quieres
es, si á la cumbre de la fama llegas,
merecer el amor de las mujeres.

La ciencia en sí te enoja ó no te agrada;
tú con que triunfe ó no, no alcanzas nada,
y cuando el libro dejas impaciente,
en tu interior te ríes del progreso
porque sabes que el hombre únicamente
lo que busca es amor...

Y al decir eso
me quitó de las manos suavemente
el libro que leía, y me dió un beso.

Alberto Casañal Shakery.

ASTILLERO GADITANO



EL SOCIO D. LORENZO NORIEGA

Pasteles de Escenario.

No es muy numeroso el público que en la última semana ha asistido al Teatro Principal, donde la compañía acrobática que dirige el Sr. Borza actúa, pues si bien es cierto que los artistas ejecutan difíciles trabajos dignos de verse y aplaudirse, sobre todo los que hacen el Sr. Condesnitt, los equilibristas Borza y Mme. Virginia, también lo es que no hay variación, que el público de una capital de provincia siempre es el mismo, y que esa clase de trabajos distraen y gustan un par de noches, pasando bruscamente de la distracción á la indiferencia. Para que el público vaya á esa clase de espectáculos, se hace preciso que haya en ellos gran variedad.

Donde la concurrencia es mayor cada día, si esto es posible, es en el Teatro Cómico. Parece que esta temporada ha llegado á constituir una verdadera necesidad en Cádiz el ir á pasar la noche al bonito coliseo de la cuesta de la Murga.

Como los artistas son los mismos, excusado es decir que también los aplausos son iguales.

El amigo Ortas, en la imposibilidad de poner estrenos, capea el temporal con gran habilidad llenando el cartel con obras de esas que siempre el público vé con gusto, y en honor de la verdad hay que decir que no se echa de ver la falta de estrenos, pues de tal manera se ponen las obras en el Cómico y tales mañas se dá la compañía para representarlas, que aun tratándose de producciones muy conocidas, parecen nuevas.

Este es el mejor elogio que se puede hacer de la compañía que dirige el popular Ortas.

Rigoberto.

ÍNTIMA

¿Recuerdas, Laura? En el jardín hermoso un día de sol esplendoroso y bello cerca el uno del otro nos hallamos.....
Luciendo airosa tu gracioso cuerpo, reina y señora de las lindas flores que tapizaban el musgoso suelo de aquel jardín, vagabas soñadora percibiendo de Amor el aleteo.....
Yo que en mi pobre corazón llevaba de tus miradas el potente fuego, al verte bella atravesar el parque sentí el impulso de amoroso vértigo, y con el alma en los amantes labios y el corazón en la mirada puesto, te dije emocionado y tembloroso

cuánta pasión por tus encantos siento.

¿Recuerdas, Laura? Con amor sublime en mí fijaste tus ojazos negros, hijo de nuestros labios vacilantes entre las ramas escondióse un beso, y un ruiseñor que contempló el coloquio himno de amores elevó hasta el cielo.

J. GÓMEZ QUINTERO.

Jerez y Marzo, 1899.

Fritos y Asados.

AYER salió para Madrid el Gobernador civil dimisionario Sr. Marqués de Santa Marina, á quien despidieron en la estación muchos de sus correligionarios y amigos particulares.

El Sr. Marqués, cuya gestión como Gobernador en el corto tiempo que ha desempeñado el cargo en esta provincia, ha merecido los elogios de todo Cádiz, se despidió con una buena obra, repartiendo una limosna de pan á los pobres de esta ciudad.

Por nuestra parte, agradecemos muy mucho las que se sirvió enviarnos, y en nombre de los pobres socorridos damos un millón de gracias al digno Sr. Marqués de Santa Marina.

Damos el más sentido pésame á nuestro distinguido amigo y compañero en la prensa D. Joaquín Quero, por la reciente desgracia de familia que ha sufrido.

Se dá como cosa cierta el nombramiento del Sr. Ortiz Mérida para sustituir al Sr. Guerra Jiménez en la Alcaldía de esta capital, cargo que ya desempeñó en la pasada época conservadora.

El Sr. Ortiz Mérida reúne condiciones sobradas de talento é iniciativa para desempeñar acertadamente el alto cargo que se le vá á confiar, y puede asegurarse que no será estéril su paso por la Alcaldía, máxime habiendo como hay tanto campo donde desenvolverse un Alcalde celoso por el fomento de esta ciudad.

Recomendamos á nuestros abonados que visiten la magnífica Exposición de muebles y objetos de lujo y fantasía que tiene instalada en la calle Ancha D. Luis Salvador, y se convencerán que no hay nadie que pueda competir con él en la baratura de precios.

El *Diario* se lamenta ayer del espectáculo, verdaderamente indigno de Cádiz, que algunos zagalones mal educados dan diariamente, maltratando á un pobre idiota que anda por esas calles.

Es de suponer que nuestras autoridades al enterarse del hecho, habrán excitado el celo de sus dependientes para evitar esas escenas, que tan poco dicen en favor de nuestro buen nombre y reconocida cultura.

De un momento á otro llegará á Cádiz el nuevo Gobernador civil D. Manuel Cano y Cueto.

Desempeñó igual cargo en la provincia de Huelva la última vez que fué poder el partido conservador, y allí dejó gratísimos recuerdos, lo cual es una esperanza.

En Cádiz ha sido muy bien acogido el nombramiento del Sr. Cano y Cueto, á quien muchas personas tratan particularmente, y todos admiran como poeta inspiradísimo y como escritor elegante y correcto.

Van muy adelantados los trabajos preparatorios para constituir en esta ciudad la deseada Asociación de la prensa, y tal vez se invite á una reunión general para el próximo domingo, si algo imprevisto no lo impide.

Sería muy de agradecer que todos los compañeros que recibían invitación asistan, y así daremos la primera prueba de unión y buena voluntad en favor de tan hermosa idea.

Tipo-Litografía J. Benítez, Marqués del Real Tesoro, 8.